

—«¡Ah esclava! te comprendo!...

• Una pasión ardiente
Arrástrate vehemente
Al tierno Aben-Amar:
Y por ceder á ella,
(Es tan feliz su hado)
Mi acento enamorado
Osaste despreciar.»

—«Si el frenesí conoces

Con que á mi amante adoro

Y que su ausencia lloro

Con lágrimas de amor;

¿Por qué aun amor me pides?»

—«¿Nunca será olvidado

Tu Aben-Amar amado?»

—«Jamás, jamás; señor.»

—«¡Jamás!... desventurada!

¿No atiendes á mi ruego?

¿Tu afán es ay, tan ciego?

¿Tan ciego tu desden?»

—«Nunca daré al olvido

Mi plácida esperanza.»

—«¿No temes la venganza

¡Oh esclava! de Alhaken?»

—«¡Venganza tú digiste!
¡Qué escucho; ¡oh Alláh santo!...
¡No cuidas de mi llanto?
¡Piedad, señor! ¡Piedad!»
Mas Alhakén rechaza
En su furor ardiente,
La súplica doliente
De la infeliz beldad.

En su arabesco jaique
El rostro recatando
Y de furor temblando,
Del camarín salió.
Sus ilusiones muertas
Miró la esclava hermosa,
Y pálida y llorosa
En su alhamí cayó!



JUNTA DE ANDALUCIA

CC Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

VII.

¡POBRE HALEWA!

¿Quién resiste los fallos del destino?
¿Quién borrar puede lo que escrito estaba
En su libro eternal? lo que escribieran
Del paraiso en la feliz morada? (10)

Nadie; que aquel que por el mar del mundo
Siente vogar su navecilla en calma,
No sabe si las ondas apacibles
La tempestad agitará mañana.

Y en lo que cifra por su mal acaso
Todo su bien, su gloria y esperanza,
Es, que los hados sin piedad lo quieren,
El móvil principal de sus desgracias.

Y tal fué para el árabe poeta
La fiel kasida que cantó á su amada;
Por ella solo ambicionó el califa
La belleza admirar que la inspirara.

Y el dueño altivo de la triste Halewa
Que su pasión tiernísima ignoraba,
La causa al descubrir de sus suspiros,
De su desden al descubrir la causa,

Ya cambia sus amores en despecho,
Solo alienta rencores y venganzas:
No es ya Halewa señora en su palacio,
Pues es tan solo aborrecida esclava.

Mas nada importa del Cadhí la furia
A la gentil doncella, que en su alma
Otrós pesares intimos anidan;
Otras desdichas su existencia amargan,

Tres soles ha que su cantor amado
Bajo el lujoso camarín no pasa,
Y el ramo de sus cuitas mensajero
Sin llegar hasta él se marchitaba.

¡En vano desde el alto minarete
A tu gallardo trovador aguardas!
En vano hermosa, por tu bien perdido
A los cielos diriges tu plegaria!...

Un día que lloraba sin consuelo
En su alfeizar riquísimo apoyada,
Entró el Cadhí con la mirada torva,
De la infeliz Halewa en las estancias;

Y un pergamino que en su mano ostenta,
Entregando á la mora así le habla:
—«Alhaken el Califa poderoso
Aqueste pliego para tí me manda.»

—«¡El Califa!»—«Si á fé: dicen que celos...
Celos destrozan sin piedad su alma;
Dicen...»—«¡Qué, por Alláh?»—«Dicen... mas lée
Y tiembla por tu suerte malhadada.»

Tomó Halewa con mano temblorosa
El pergamino, y su febril mirada
Por él pasó, con ansiedad clamando:
—«Ya cumpliste, tirano, tu venganza!...»

Mira, infelice, su señor le dijo,
Arrastrándola al pié de una ventana;
¿Ves esa torre cuyos pardos muros
Guadalquivir con su corriente baña?

-«¡Oh sí!»-«Allí está porque Alhaken lo quiso,
El ruiseñor de su vergel de Az-Zahra:
Aben-Amar, el de las dulces trovas;
El que tu pecho con delirio ama.»

-«¡Oh, calla por piedad!»-«Yo del califa
Encender supe la celosa rabia;
Ya nunca oirás sus lánguidas endechas;
Tu esperanza murió con su esperanza!»

Y la amante beldad que entre sollozos
Oyó apenas sus últimas palabras,
Clamó doliente con acento amargo:
«¡Ay destino fatal!... escrito estaba!...»

Escrito, sí; tras su ajiméz oculta
Sus lentos días la cautiva pasa...
Y hasta la torre do el poeta gime,
Ván sus suspiros de la brisa en alas.



JUNTA DE ANDALUCIA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

VIII.

CONCLUSION.

Doce lunas pasaron; doce lunas
Que vertieron sus pálidos reflejos,
Sobre las torres do sus males lloran
Dos almas ¡ay! que para amar nacieron.

Y pasaron las áuras del estio,
Y las nieves pasaron del invierno,
Mas nunca pasa la mortal tristeza
Cuando destroza desvalidos senos.

De la prision de Aben-Amar sombría
En un oculto camarín estrecho
Cuyos negros y antiguos murallones
Ilumina el crepúsculo postrero,

Vése al cautivo ilustre á quien inspira
En este instante bonancible genio,
Y el libro delicioso de las aves (11)
Escribe en gratos, sonoros versos.

El es el ruiseñor que tierno canta,
Cuando llora su amargo cautiverio;
Es el ave doliente y prisionera,
Que su voz alza á la region del viento.

Y su mente vagaba venturosa
Mil delirios dulcísimos fingiendo,
Cuando al pié mismo de la torre escucha
Un fuerte golpe que turbó su pecho.

Confuso corre al ajiméz, y observa
Del moribundo sol a los reflejos,
Horrible cuadro á cuya vista solo
Sobre su frente erizase el cabello.

Dos esclavos están bajo sus muros
Entre las flores una fosa abriendo;
Rica litera que tapices cubren,
Abandonaron de la yerba en enmedio.

Un momento despues, sacaron de ella
A una muger en cuyo rostro bello,
Ya el ángel de la muerte despiadado
Triste imprimiera sus helados besos!....

—«¡Halewa!...» al ver sus pálidas facciones
Clamó el poeta con terrible acento:
Fijó en ella sus ojos espantados...
Y al caer la losa sobre el frío cuerpo,
Dió un grito de pavor, y sin sentido
Desplomóse en el duro pavimento...



JUNTA DE ANDALUCIA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

LA CONQUISTA DE MÁLAGA.

ROMANCE HISTÓRICO.

P. C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA




JUNTA DE ANDALUCÍA

SIGLO XV.

Cristiano y español, con fé y sin miedo,
canto mi religion, mi patria canto.

ZORRILLA.

INTRODUCCION. (*)



Quiero cantar; mas mi lira
Oscura, pobre, insonora,
No levantará su acento
Do mi entusiasmo ambiciona.
Quiero cantar de mi patria
El esplendor y la gloria;
Y sus fúlgidos laureles;
Y sus huestes valerosas.
Fé santa, tú que guiaste
Al combate y la victoria
Á los Reyes de Castilla
Terror de la gente mora;

(*) Esta composicion fué distinguida con mencion honorífica en los juegos florales celebrados por el Liceo de Málaga, en 1872.

Tú que inflamando sus pechos
 De noble esperanza heróica
 Hiciste grandes sus nombres
 Y su enseña vencedora,
 Tu llama enciende en el mio;
 Y mi voz humilde y tosca,
 Cantará con vivo fuego
 De aquellos dias la historia:
 Que para ensalzar la fama
 De mi patria victoriosa,
 Lira tengo, que aunque ruda,
 Es altiva y Española.



JUNTA DE ANDALUCIA


P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
 CONSEJERÍA DE CULTURA

Venid á mí, de aquel tiempo
 Dignas, venerables sombras;
 ¡Fernando!... ¡Isabel!... yo invoco
 Con amor vuestra memoria;
 Y si audáz mi pensamiento
 A vosotros llegar osa,
 Y si atrevido mi lábio
 Vuestros grandes hechos nombra,
 Es solo porque os admiro;
 Porque el corazon adora
 Vuestro renombre grandioso,
 Y de mi patria la honra.

I.

1483.-1484.-1485.

PRELIMINARES.



Reunidos en la alcazaba
De la ciudad de Antequera,
Hállanse los ricos-hombres
Que del moro terror eran.
El noble marqués de Cádiz
Y el de Cifuentes, se encuentran
En ese grave consejo
Donde se trata de guerra;
Que el Rey *Hacen* de Granada
Nuestros campos tala y yerma,
Á Zahra tomó, y por cierto
Que aun está viva la afrenta;
Y ya todos esforzados
A la venganza se aprestan,

Y de Málaga en los montes
Tomarla cumplida piensan.
Todos se visten la cota;
Todos lucen sus enseñas;
Todos enristran su lanza;
Todos sus tercios presentan.
Vése aquí de Santiago
La roja cruz altanera;
Del adelantado allí
La brava gente se ostenta;
Unos lucen de sus damas
Sobre el arnés las empresas;
Otros, de gayos colores
Bandas sobre el pecho llevan;
Y brillan del sol heridas
Sus mallas y sus cimeras,
Y el manso viento que sopla
Las plumas agita y besa.
Ya relinchan sus caballos,
Ya se parten de Antequera;
Se alejan, y por los aires
Un largo ¡viva! resuena.

Tocaba á su fin el dia,
Y por ignoradas sendas



Conservatorio de la Alhambra y Generalife
CONSEJERIA DE CULTURA

Las reales avanzadas
Á Málaga se enderezan;
Mas su paso detuvieron
Con asombro y con sorpresa,
En un altivo collado
Que á la ciudad vista diera;
Y al ver de su mar la calma,
De su cielo la belleza,
Gritan «¡adelante!» y meten
A los caballos espuelas!...
Mas ¡ay! presto tras los mares
El rojo sol descendiera,
Y las blancas nubecillas
Presto volaron deshechas.

Ya el crepúsculo ha pasado;
Se hallan entre rudas breñas,
Y los alarbes defienden
Las altas cumbres aquellas.
Y las tinieblas crecian;
Y los caballos sin fuerza,
Con ginetes y peones
Se derrumban por las peñas;
Sobre ellos los mahometanos
Lanzan picas y saetas,

El espacio oscureciendo
Con una nube de flechas.
Doquier aumenta el espanto,
Y se escuchan por do quiera
Los alaridos del moro,
Del moribundo las quejas,
Que los ecos prolongaban
Hasta las últimas sierras.
Y la oscuridad terrible
De aquella noche funesta,
Interrúmpela tan solo
Las enemigas hogueras,
Á cuya lumbre rojiza
Brilla el pendon del profeta,
Y á los árabes distinguen
Saltando de quiebra en quiebra...
Pasó la noche horrorosa;
Y el sol que del mar se eleva,
Sobre sangre y yelmos rotos
Su pura lumbre refleja.
Con ella de los cristianos
El duelo, el pavor aumenta;
Los estragos ven entonces
Que por doquier les rodean.
Era en vano el heroismo;
Vanos sus esfuerzos eran,
Que los infieles brotaban
En aquella agreste tierra.

De pronto, «*El Zagal*:» se escucha:
Grito que anima las fuerzas
Del árabe, y entusiasta
Por todo el campo resuena,
Pues era aquel el apodo
Que á *Abdalla* su alcaide dieran.
Entonces el gran Maestre,
Reuniendo sus cortas fuerzas,
Su velóz caballo oprime;
A sus valientes arenga;
Sube heróico la montaña;
Entre los moros se entra,
Mas sucumbe al fin su esfuerzo,
En tan desigual pelea...
El bravo marqués de Cádiz
Que avanza por otra senda,
Por doquier, ¡ay! rodeado
De cadáveres se encuentra.
De sus jóvenes sobrinos
Oye la oracion postrera:
Los cuerpos ensangrentados
De tres hermanos contempla;
Y entonces el héroe invicto
Quizá por la vez primera,
Se estremece, se horroriza
De la muerte á la presencia,
Y lanza un grito del alma
Que por los montes resuena:

¡Ay! que el corazón comprende,
Pero que el habla no espresa.
Y la esperanza perdida
Y toda ilusión deshecha,
Sus escuderos le arrancan
De aquella terrible escena.
El buen conde de Cifuentes
Prisionero al fin cayera;
Pero Aguilar con los suyos,
Defiende su noble enseña.
Cuando por la vez segunda
El alba sangre refleja,
Se retiran peleando
Debilitadas sus fuerzas,
Y venden caras sus vidas
Con heroica resistencia.
Cubrióse el reino de luto
Al saber la triste nueva;
Con lágrimas y con duelo
Recibiólos Antequera,
Y aquella iufausta jornada
En el nombre se recuerda,
Conque se distingue hoy
De la Matanza la Cuesta.

Pasó un año; ya sus galas
Luciendo la primavera,
De Andalucía los campos
Esmalta de flores bellas.
Los que fuertes corazones
Dentro de su pecho encierran;
Por desgracias ó derrotas
No cobardes desalientan;
Y el mismo sol que fecunda
Del prado la verde yerba,
Armaduras y broqueles
Ilumina en Antequera.



P. C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

JUNTA DE ANDALUCÍA

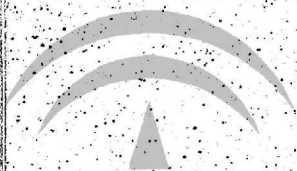
Los Reyes, desde su córte
Que se halla en Córdoba, ordenan
Que las huestes se aperciban,
Y de Málaga á las tierras
Partan, por vengar cual deben
La nunca olvidada afrenta.
Divididos en batallas
Con nobles á la cabeza,
Entre los cuales figura
El gran Gonzalo, penetran
En el término enemigo
Invadiendo las fronteras.

Como rayo fulminante;
Cual horrisona tormenta;
Cual torrente desbordado
Que valles inunda y selvas,
El ejército aguerrido
Los ricos viñedos yerma;
Destruye las tiernas mieses;
Las flores de las praderas;
Los árboles corpulentos;
Los molinos y las huertas.
Del *Atabal* á la torre (1)
El pavor sembrando llega;
Todo feróz lo devasta;
Todo lo arrasa ó lo quema.
Y despues de algun encuentro
Do rinden las moras fuerzas,
Entre vitores y aplausos
Los vencedores regresan.

Un año despues, se hallaba
El Rey de Málaga cerca;
Y doquier que del cristiano
Tremolaban las banderas,
Era su victoria fija,
Fija del moro la afrenta.

La conquista de la Hoya
En breves dias se hiciera;
Y el Rey oyendo el consejo
Del Marqués de Cádiz, piensa
Llevar sus armas, de Ronda
Ante las murallas recias.
Era alcaide de esta plaza
Hamet el Zegri; mas de ella
Lejos estaba, corriendo
Con su gente nuestra tierra.
Pero al volver orgulloso
En vez de hallar como piensa
Músicas y regocijos
Con que su triunfo celebran,
En sus oidos el eco
De las lombardas resuena,
Y al cielo elevarse mira
De humo negro nube densa:
Que es ilusion, pensar quiere;
Su alma de pavor se llena;
Sube agitado á una altura,
Y horrible cuadro contempla.
Desde allí, de los cristianos
El campamento blanquea;
De la cruz el estandarte
Brilla del Rey en la tienda.
Las lombardas de Castilla,
Hierro vomitando y piedras,

Derrumban los fuertes muros,
Abaten ferradas puertas.
Se entrega por fin la plaza:
En vano el Zegri se esfuerza,
Y Fernando victorioso
A Córdoba dió la vuelta.



JUNTA DE ANDALUCÍA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

II.

CÓRDOBA.

1487.

¡Córdoba! bella sultana!
La de los guerreros bravos;
La de los dulces poetas;
La de los califas sabios;
La que tiene por alfombra
Las puras flores del campo;
La de la hermosa mezquita;
La que ganó San Fernando.
¡Qué vida reina en tus calles!
¡En tus hijos qué entusiasmo!
¡Y qué fervor en tus templos!
¡Qué placer en tus estrados!...
Ya del Betis en la orilla,
No se escucha el eco blando

De la guzla musulmana,
Que ya tus zambras pasaron.
Ya el sol tus morunas *leilas*
No alumbra desde el ocaso,
Ni los jardines de Zahra,
Ni de Almanzor los palacios;
Que ora tan solo ilumina
Armamentos y soldados;
Todo en Córdoba es guerrero;
Todo bélico aparato.
Hoy las banderas tendidas
Y las trompetas sonando,
De un noble la entrada anuncian
Seguido de sus vasallos;
Y mañana la venida
Celebran de algun mitrado,
Ó de los grandes Maestres
De Alcántara y Santiago.
Mas descuella sobre todos
El duque del Infantado,
Por el lujo de sus tercios,
Por su espléndido boato.
En su entrada le preceden
Hasta quinientos armados,
Con equipos á la guisa
De gran costo, de gran fausto;
Inmenso tropel le sigue
De pecheros y de hidalgos,

De escuderos y de pages,
De peones y caballos.

Brillan por doquér sus lanzas;

Flotan doquier sus penachos,

Y la ciudad lo recibe

Entre vítores y aplausos.

«Brava tropa para fiesta,

»Buen duque,» Dijo Fernando:

«Pero vale mas el hierro

»Para resistir los dardos.»

—«Señor,» respondióle el duque:

«Si hoy lucen mis castellanos,

»Delante de los infieles

»Sabrán morir esforzados.»

Corre el pueblo por las plazas

A los nobles admirando;

Con los Reyes conferencian

Ricos hombres y prelados:

Sus cintas bordan las damas,

Y los donceles gallardos

Con plumas de sus colores

Adornan sus limpios cascos.

Se escucha aquí bajo un muro,

De amor, dulce tierno canto;

Allí, del corcel de guerra

El galope acompasado.

Unos platican de amores;

Otros de guerreros altos;

Estos de grandes conquistas;
Aquellos de honor y láuros:
Y es todo ruido, algazara,
Todo fiestas y saraos;
Todo dignas ambiciones;
Todo galas y entusiasmo.

Y tanto bélico apresto,
Tanto marcial aparato,
Es porque á Córdoba el Rey
A los grandes ha citado;
Pues sabiendo que el Soldan
Y *Bayaceto*, intentaron
De Sicilia apoderarse
Viendo aquí nuestro adelanto,
Mucho los puertos importan
Que baña el Mediterráneo,
Y sobre Málaga anhela
Clavar su pendon preclaro.
El alcaide de esta plaza
En ella el *Zagal* nombrado,
Valiente cual ambicioso
Y del Rey Hacen hermano,
Estaba contra Granada
Con su gente rebelado,



JUNTA DE ANDALUCIA

C. Monumental de la Alhambra y Generalife
SECRETARIA DE CULTURA

Y por separarse de ella
Hacia tiempo pugnando.
Y estas guerras fratricidas,
Estos civiles estragos,
Mucho mal hacen al moro,
Y mucho bien al cristiano.

De Córdoba al fin partióse
Nuestro ejército bizarro,
Con el Rey á la cabeza
Y los nobles hijodalgos.
La artillería tirada
Llevaban por bueyes mansos,
Y cuatro mil gastadores
Seguian á Don Fernando.

Despues de penosas marchas
Y de continuos trabajos,
El valle hermoso de Velez
Nuestras huestes avistaron.

Del mar la brisa suave
Refrescaba sus collados,
Donde las vides crecian,
Donde pastaban rebaños.
Allí del moro se alzaban
Los jardines y palacios,
Entre los bosques graciosos
De higuerales y granados.
Y á los extremos del valle,
A los piés de un cerro alto,
Está Velez, defendido
Por sus muros almenados.
Vése sobre el cerro un fuerte
Su cúspide coronando;
Y allá en su torre mas alta
Brilla el pendon Mahometano.
Al arribo de los nuestros
A este vergel encantado,
Tambien de Trevento el cónde
Sus galeras al mar trajo.
El Rey todo lo apercibe
Que el sitio no está lejano,
Si no se entrega la plaza
Con ellos capitulando.
Y cuando á su tienda vuelve
Para descansar un tanto,
Cuando su frugal sustento
Apenas lleva á los lábios,



JUNTA DE ANDALUCIA

Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERIA DE CULTURA

Oye confusa algazara,
Y algunos pocos soldados
Vé, que corren perseguidos
Por multitud de contrarios.
Entonces coge una lanza,
Y solo del peto armado,
Monta un alazan y vuela
De los suyos al amparo.
Vuélvense los fugitivos
Áliento al verle cobrando,
Y él combate como todos
Por su valor impulsado.
Un caballero, muerto
Ante él cayó, y en el acto,
Antes que huirse pudiera
El que derribóle insano,
Tendido quedó en el suelo
Del mismo Rey á un lanzaso;
Y hallóse en aquel instante
De cien moros rodeado,
Próximo á perder la vida
Del enemigo á las manos.
Mas llega el Marqués de Cádiz;
De Murcia el Adelantado;
Y el Conde de Cabra llega,
Y el célebre Garcilaso:
Y allí todos con sus pechos
Un muro ante el Rey formando,

Con los moros arremeten
Al grito de ¡Santiago!...

Y luego, porque no fuera
Este suceso olvidado,
De la villa en los blasones
Quiso la Reina grabarlo:
Y un caballero muerto
Muestran, y un Rey á caballo,
Y algunos moros que huyen
Ante el pendón castellano.

Mas largo el cerco se hacia,
Aunque ya de algunos barrios
Posesionarse pudieron
Los guerreros de Fernando.
De capitular hablóles
A los de Velez en vano:
Que un refuerzo de Granada,
Presto esperan, contestaron;

Hay ya quince mil infieles
En la Axarquia levantados,
Y al Zagal aguardan todos
En su ayuda confiando.
Los que dominan la Sierra
Son en ella dispersados;
De los parciales de Abdalla
Nada las huestes lograron;
A las armas españolas
Nadie les disputa el campo,
Nadie sus fuerzas resiste;
Arrollan cuanto hay al paso.
Y al fin la ciudad entregan
Los alarbes derrotados,
Y ellos de allí se salieron
Y allí los nuestros entraron.
Fué del Zagal á los planes
Esté suceso contrario,
Pues el pueblo de Granada
Vuélvese al antiguo bando,
Y en vano con Boabdil pugna
El Alcaide rebelado.
El débil Rey granadino
Proteccion pide al cristiano;
Concédesela el monarca,
Y se postra cual vasallo
De Aragon y de Castilla
Ante los Reyes preclaros.

Y despues de esta campaña
Ceñido de nobles lauros,
A Málaga se dirige
El ejército esforzado.



JUNTA DE ANDALUCÍA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

III.

MÁLAGA.

Sobre un tapiz de verdura,
Bajo un transparente cielo,
Por altos montes cercada,
Bañada de un mar sereno,
Málaga gentil se ostenta
De fértil llanura en medio,
Por sus torres defendida
Y por sus muros espesos.
Tras de su oscura muralla
Se levantaban esbeltos,
De palacios y mezquitas
Los alminares ligeros;
Y la ciudad dominando
Sobre dos erguidos cerros,
Gibralfaro y la Alcazaba
Elevábanse soberbios.

Aún hoy nos muestran altivos
Sus paredones ya negros;
¡Cuánta gloria allí se encierra!
¡Cuántos hermosos recuerdos!
Hacia la parte del Norte
Los montes fértiles, frescos,
Sus collados ostentaban
De vides y árboles llenos.
Allí el naranjo crecía;
El ciprés y el limonero;
Las adelfas y las rosas;
Los granados y los cedros.
Allí lucía la palma,
Cual de Arabia en los desiertos,
Y los rojos alhelíes,
Y el álamo y el helecho.
Y de la mar á la orilla
Brillaban jardines bellos,
Donde las quintas se alzaban
De los nobles agarenos;
Donde las fuentes bullían,
De mármoles y azulejos
Vertiendo sus limpias aguas
Sobre anchos estanques bellos.
¡Cuántas veces de las aves
Al melodioso concierto,
Al murmullo de las olas,
A los suspiros del viento,



Ministerio de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

De dulce guzla se unían
Los melancólicos ecos,
El bullicio de las zambras,
Las cántigas del mancebo!
Y esa canción ¡cuántas veces
Las celosías abriendo,
Tras el alfeizar oyera
Una mora de ojos negros!
¡Cuántas veces del crepúsculo
Entre los tibios reflejos,
Al *muezín* se distinguía
Que al minarete subiendo,
Tres veces á Alláh invocaba
Con religioso respeto,
Y á árboles, jardines, fuentes,
Castillos, palacios, templos,
A todo prestaba luces,
Belleza, vida, contento,
Su sol brillante y hermoso,
El limpio azul de su cielo!!!...
Y sobre el mar se ostentaban
Galeras de varios reinos,
Vida y esplendor prestando
A su animado comercio.

Dos capitanes ilustres,
De caracteres diversos,
La mora ciudad defienden
Con sus bravos sarracenos.
Aben-Comixa tenia
De la Alcazaba el gobierno;
A Gibralfaro custodia
De *Hamet-el-Zegri* el esfuerzo;
Y hasta quince mil gomeres
Y otros notables guerreros
La plaza fieles guardaran
Dificil su toma haciendo.
¡*Hamet-el-Zegri*! aquel hombre
De carácter noble y fiero,
El que alcaide fué de Ronda,
El esforzado, el soberbio!...
Tambien mucho intervenia
Un moro grave, opulento,
Que *Aly-Dordux* se nombraba,
De Málaga en el gobierno.
Escuchaban sus razones
Con placer en los consejos,
Y era querido de todos
Y respetado del pueblo.
A este insigne personage,
En clase de parlamento
Don Fernando del Pulgar
Presentóse con un pliego,

Que era una carta del rey
Concebida en estos términos:
«Aly-Dordux: yo os escribo,
»Y á esa ciudad, como pienso
»Que por las cartas vereis
»Que remito á poder vuestro.
»Vos, por ella procurais
»Cual persona de buen seso,
»É por ende, yo vos mando
»Deis órden para que luego
»Por vosotros se responda,
»Conformándose cual creo,
»Con lo que á la vida é bienes
»Conviene de vuestro pueblo.
»Lo que á mi servicio cumple,
»Que hareis por su bien espero;
»É yo vos haré mercedes,
»Para vos é vuestros deudos.»
Quedó Aly-Dordux pasmado
Este mensaje leyendo,
Y á la Alcazaba llegóse
Con algunos caballeros.
Allí á Aben-Comixa hablara;
Y haciéndole ver el riesgo
Que en un asalto corrieran
Tenázmente resistiendo,
Las pérdidas de las vidas;
La ruina del comercio...

Dejó entrever la esperanza
De que aceptando un convenio,
Aún conserven sus costumbres
Y la fé de sus abuelos.
De la Alcazaba el alcaide
Tales razones oyendo,
Ver al Rey en sus reales
Decide al fin, y en su puesto
Deja á su hermano, los dias
Que durasen los conciertos.
Amet-el-Zegri, los planes
De entrambos ya conociendo,
Su instinto cobarde odiando
Y de rábia y furor ciego,
Se baja con los gomeres
De su castillo altanero;
En la Alcazaba se entra:
El que la mandaba muerto
Allí cayó, y de la plaza
Se aclama jefe supremo.
El Rey suspende los tratos
Este atentado sabiendo,
Y sus huestes apercibe
Para establecer el cerco.
Mas antes de que empezaran
Los horrores del asedio,
Con dadivosas ofertas
Al Zegri ganar quisieron:

Empero todo es inútil;
Que el generoso agareno,
Juró morir animoso
A su patria defendiendo.
Al ver que nada consiguen
Con pacíficos esfuerzos,
A Málaga se encaminan
Nuestros valientes guerreros.
De Bizmilitana ya sale
De la artillería el grueso,
Donde estuvo situada
Durante los parlamentos.
En columnas aguerridas
La acompañan nuestros tercios,
Por las orillas graciosas
Que acaricia el mar sereno;
Mientras sus ondas azules
Surcaba con rumbo lento,
La flota que conducía
De la guerra los aprestos.
¡Qué lucidos escuadrones!...
¡Cómo brillaban sus petos
Del sol de Málaga ardiente
A los fúlgidos destellos!...
Siete siglos se pasaron
Sin que en este hermoso suelo,
De Castilla los pendones
Agitára manso el viento.

Amet-el-Zegrí contempla
De ira rebosando el pecho,
Tras una negra atalaya,
Del cristiano los aceros;
Y viendo que ya se acercan,
A los suyos manda luego
Que salgan tres pelotones
De la vanguardia al encuentro,
Y presto de San Cristóbal
Se estacionen en el cerro.
Los adalides cristianos,
La importancia comprendiendo
Que este punto prometía,
Hacia él destacan un cuerpo
De capitanes hidalgos
Y de atrevidos gallegos.
La cuesta suben audaces;
¡Mas ay! en vano subieron!...
Pues descienden rechazados
Del moro por los esfuerzos;
Y seis horas de combate
Valerosos sostuvieron,
Con flechas y cimitarras,
Con puñales y con fuego;
Hasta que al fin Luis Maceda
Cerrando con sus gallegos,
Clava el pendon de Castilla
Sobre la cumbre del cerro.




JUNTA DE ANDALUCIA

Biblioteca Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERIA DE CULTURA

IV.

EL SITIO.

P. C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA



Puro, hermoso, trasparente,
De Mayo amanece un dia,
Y el sol que los montes dora
Con toda su pompa brilla.
La flor sacude el rocío
Y abre su corola limpia;
Murmura la fuente clara,
El ave en la selva trina.
¡Cuán seductora aparece
La árabe ciudad dormida,
Con sus torres y sus muros,
Sus harenas y mezquitas.

Aun entre brumas se esconden
 Las fortalezas erguidas;
 Sus flores la dan aromas;
 Tranquilo el mar la acaricia.
 La tienda real se eleva
 En la huerta del Acibar; (2)
 Desde allí contempla absorto
 El monarca de Castilla,
 La hermosura de sus valles;
 Su aire perfumado aspira,
 Y tal belleza admirando
 Vaga estasiado la vista.
 ¡Quién á describir alcanza
 El encanto, la delicia,
 De una mañana de Mayo,
 Bajo el sol de Andalucía!...

Ya está Málaga cercada;
 Y ya sobre sus colinas,
 De los guerreros cristianos
 Las nobles enseñas brillan.
 El cerro de San Cristóbal
 Al de Cádiz se confía;
 Sus ginetes y peones
 Llegan del mar á la orilla. (3)

El buen Don Diego de Córdoba
Con las huestes de Medina
Y Alburquerque, de Granada
A la puerta se aproxima:
Y la division tercera
Con la gente de Sevilla,
Obedeciendo á Cifuentes
Que ya rescatado habian,
De lo que Calvario es hoy
Ocupaba la avenida.
El Comendador mayor
De Calatrava, se unia
Al de Feria y Figueroa;
Y la huerta del Acibar
Y la persona del Rey
Con sus tercios defendian.
Donde hoy yace Capuchinos
Se hallaba la estancia quinta;
El Maestro y el Clavero
De Calatrava; Padilla,
Y el buen Don Alonso Enriquez,
A su cabeza se miran.
El Conde de Benavente
Con las haces aguerridas
De Don Pedro de Carrillo,
Del Obispo de Sevilla,
Y sus vasallos, formaba
La sesta en Guadalmedina.

Ureña; Alonso de Córdoba,
Los Ángeles guarnecian.
Tras de la Tienda Real,
Luce Nágera su insignia.
Donde las torres se elevan
De la Trinidad antigua,
Toledo, Almaraz y Osorio
Sus mesnadas dirigian.
La estancia décima, acata
A Mendoza en Zamarrilla.
La undécima, en otra altura (4)
A nobles de gran pericia,
Y de Alcántara al Maestro,
Y al de Santiago fian.
La duodécima la mandan, (5)
Garci-Lopez de Padilla,
Y Don Antonio Fonseca,
Con sus falanges altivas.
De Gibralfaro delante
Y del puente, se veían
Dos baterías de fuerza
Que los muros hostilizan:
Una, de siete lombardas,
A las cuales denominan
«*Las siete hermanas Gimenas*»
De todos bien conocidas.
Por último, el de Trevento
La flota cristiana guía,



JUNTA DE ANDALUCÍA

Que el semicírculo cierra,
Y á Málaga incomunica.

¡Qué espectáculo tan bello!...
Coronando las colinas,
Las nobles enseñas lucen
De los grandes de Castilla!
Sobre unas, de Santiago
La espléndida cruz domina;
De los hidalgos en otras,
Las armas y las divisas.
Aquí, máquinas construyen
Para que al asalto sirvan:
Allí, las balas de piedra
Para las lombardas, pican.
Y el rumor que el taller forma,
Y el caballo que relincha,
Y la canción del guerrero;
De las marchas la armonía,
Se enlazan y se confunden
Con el fragor que horroriza,
De la lombarda que truena,
Muros rompiendo y faginas.
Y el Zegrí desde el castillo
Sobre una torre maciza,

La destruccion contemplando
De la ciudad tan querida,
«Y bien:» furioso exclamaba
Con sarcástica sonrisa,
Al ver los globos de fuego
Que en el espacio lucian;
Y de los ricos palacios
El escombros y las cenizas
Que presto cual humo leve,
En el viento se disipan:
«Llegad si os place, cristianos;
»Mas de Aragon y Castilla,
»Nunca sobre mis almenas
»Han de brillar las insignias;
»Consueja de Ciguatera
»Sabremos perder las vidas,
»Y el vencedor tendrá solo,
»Cadáveres y ruinas.»

A la puerta de Granada
Los peones se aproximan,
Que era quizás la mas récia
Que á la ciudad guarecia.
Llega el conde de Cifuentes
Con su gente decidida,

Y un torreón que ya casi
Demolió la artillería,
Tomar por asalto intenta
Y las escalas arrima.
Desde los altos adarbes
Los moros se defendían,
Dando fuego á las escalas,
Pez arrojando y resina.
Los nuestros por subir pugnan;
Y en vano valientes lidian,
Que de las moras troneras
Los infieles precipitan
Espesa nube de dardos
Y piedras arrojadizas.
Pero de refuerzo vino
Nágera el siguiente día,
Y ya vuelven al asalto,
Y ya la torre dominan,
Y alborozados, ¡victoria!
Con vivo entusiasmo gritan.
Mas ¡ay! que la socavaron
Los árabes al rendirla,
Y con estrépito hundiose,
Sepultando en su caída
A unos, y esponiendo á otros
A las flechas enemigas:
Por la brecha penetraron
Y venciendo á la morisma,

Del arrabal en los fuertes
Lució el pendon de Castilla.

Mas todas estas ventajas
Ser bastantes no podian,
Para asegurar la empresa
De tan gloriosa conquista.
Los moros se reforzaban
Con gran presteza; aun perdida
Ninguna muralla tienen,
Y largo el sitio se hacia.
Ya los nuestros se impacientan;
Y con zozobra afflictiva,
Que subsistencias faltasen,
Al ejército temian.
Y por todo el campamento
Susúrrase, que maligna
Una epidemia aparece
Por la comarca vecina.
El desaliento ya cunde;
Y aquellos que la codicia,
No el valor, al cerco trajó,
De él cobardes se retiran.
Con tal nueva, los contrarios
Sus esperanzas animan,




JUNTA DE ANDALUCIA

Y fortifican los muros,
Y hacen súbitas salidas,
Pero Fernando prudente,
Que venga á la Reina avisa,
Y disipe los rumores,
Que por el campo corrian.

Mas treguas demos ahora
De la guerra á las fatigas,
Y un homenaje rindamos
A la Reina de Castilla!...

V.

LA REINA.



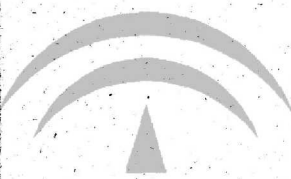
Era una tarde serena;
El rojo sol se ocultaba,
Tiñendo el azul del cielo
Con leves nubes de grana.
Las olas del mar tranquilo
Al deslizarse en la playa,
Un suspiro lastimero
Con su murmullo formaban.
Los estandartes ondean
Sobre las tiendas cristianas,
Y cesaron ya los fuegos,
Y callaron las lombardas.
Todo es júbilo en el campo;
Todos con placer se abrazan;

Todos el nombre pronuncian
De su escelsa Soberana.
Ya Isabel al cerco llega
Donde impacientes la aguardan,
Y Fernando con los grandes,
A su encuentro se adelanta.
Algo del Real se aleja
De Aragon el buen monarca,
Y á la Reina de Castilla
Con los suyos al fin halla...

De guerreros precedida,
Sobre una mula castaña
Que ricos jaeces cubren
De brocados y de plata,
Con riendas de seda y oro
Y magnífica gualdrapa,
Asentada en una silla
De guarniciones doradas,
En su apostura mostrando
Su magestad y su gracia,
Modesta, digna y hermosa,
La noble Reina cabalga.
El cabello tiene rubio;
Ojos azules, tez blanca;

La mirada, dulce y tierna;
Sensible y piadosa el alma,
Y en su frente, la aureola
Que génio y virtud alcanzan.
Brial de terciopelo viste,
De brocado rica saya,
Birrete negro con pluma,
Y gran manto de escarlata
Recamado á la morisca,
Su digno porte realza.
Al divisarse, tres veces
Se saludan los monarcas,
Y despues con gran cariño
El Rey á la Reina abraza.
Ya en el campamento entra
De maceros escoltada;
Camina á su izquierda el Rey,
Detrás, los pages y damas:
Atabales y añafíles,
Baten compasados marcha;
Doblan todos la rodilla,
Y la admiran, y entusiasta,
Un largo ¡viva! resuena
Que henchidos de gozo lanzan:
¡Viva la Reina!! retumba
En las últimas montañas;
¡Viva la Reina!!! responden
Nobles, plebeyos y guardias,

Y el eco repite, ¡viva!!!...
Allá en las cumbres mas altas.
Y aquel grito que potente
Ha cuatro siglos sonaba,
Aún que se escucha creemos;
Aún nuestro pecho entusiasma.



La régia tienda colocan
De la ilustre Soberana,
En esa modesta altura
Do la Trinidad se halla.
Su llegada pone tregua
Al ataque de la plaza,
A la que van emisarios
Que de paz al moro hablan.
Pero Amet-Zegri que abriga
Aun de vencer la esperanza,
Los hace marchar furioso
Con mal comprimida rábía.

Por visitar al de Cádiz,
El Rey y la Reina pasan
A su tienda de brocados,
Y ricos paños de Francia.
Los del Marqués, obsequiosos,
A los príncipes y damas
Platos esquisitos sirven,
Dulces licores escancian.
Y el noble señor galante,
A los Reyes que lo honraran,
Sus atalages presenta,
Los caballos y las armas:
Mas su rostro palidece;
Se perturba su mirada,
Y es, que vé de Gibralfaro
Sobre la torre mas alta,
Su misma bandera erguida,
Su propia enseña clavada.
Aquel pendon que perdiera
En los montes de la Axarquia,
Allí para afrenta suya
Ufano el Zegrí levanta;
Y él jura, del moro altivo
Tomar cumplida venganza.
Tomóla; que al dia siguiente
Cuando apenas luce el alba,
Ya truenan contra el castillo
Del de Cádiz las lombardas.

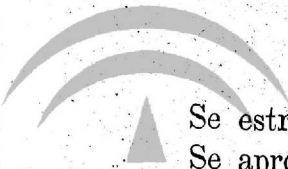
Sus almenas se confunden
Entre las sombras opacas
Que alzan el humo y escombros
Que despiden sus murallas;
Y aquella torre altanera
Donde el pendon se ostentara,
Es un monton de ruinas
De sangre mora bañadas.
El fuego terrible cesa;
Lóbrega la noche avanza,
Y ya se aduerme el guerrero
Sobre su yelmo y su espada.
Y en vez de arcabuces roncós,
Solo se escuchan las auras,
Y la voz del centinela,
Y las olas en la playa.
Mas de repente, mil moros
Con Aben Zenete bajan,
Y á los cristianos sorprenden,
Y á sus trincheras sé lanzan;
Estos, huyen espantados;
Pero al fin el marqués habla,
Y con ellos arremeten
Al grito de «¡cierra España!»
Terrible fué la pelea;
Desde aquellas peñas altas,
Ruedan moros y cristianos
Que cuerpo á cuerpo batallan.



JUNTA DE ANDALUCÍA

El Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

Aquí brillan los puñales;
Allí, picas y alabardas;
Pero ya los de Amet cejan,
Ya los nuestros los rechazan,
Y á Aben Zenete retiran
Herido de una lanzada.
Ortega de Prado, Lopez,
Sotomayor, la montaña
Con su noble sangre tiñen;
Bravos mueren por su patria.



Se estrecha el cerco; á los muros
Se aproximan las estancias,
Y el Zegri que nunca cede,
Defensa heroica prepara.
Mas ¡ay! que faltan las fuerzas
A la ciudad desdichada,
Y para mas desventura,
Ya los víveres le faltan.
Varios moros principales
Vertiendo los ojos lágrimas,
Hondos suspiros lanzando,
Llena de dolor el alma,
A Aly-Dordux se dirigen,
El cual una puerta guarda,

Y le ruegan por sus hijos,
Por sus esposas amadas,
Que ejerza su gran influjo
Para que entreguen la plaza,
Y al fin entren los contrarios
Y terminen las desgracias.
Aly-Dordux se conmueve
Al escuchar sus palabras,
Y propone al Rey Fernando
Facilitarle la entrada
Por la puerta que él custodia,
Si vida y bienes les salva.
De Castilla á los reales,
Un fiel emisario manda;
Pero al regresar ansioso
Con la respuesta anhelada,
Le sorprenden los gomerés,
Y él burla su vigilancia
Al campo cristiano huyendo,
De los tratos con las cartas;
Mas ¡ay! que una aguda flecha
Le ha atravesado la espalda,
Y el mensajero sucumbe,
Pero su secreto salva.

Aquel Zagal tan famoso,
El vencedor de la Axarquia,
Su brava gente reúne
En Guadix donde se halla,
Y de refuerzo la envía
A los gomeres de Málaga;
Mas batióla en el camino
El débil rey de Granada,
Que así su adhesión le prueba
Al católico monarca.
Y el príncipe degradado
Dióle noticia tan fausta,
Con magníficos presentes
De tapices y de armas,
Rogándole al mismo tiempo
Que algunas fuerzas cristianas,
Le protejan de los bandos
Que en su reino se levantan.
Todo al español cedia;
Nuevos señores llegaban,
Y de Tremecen, un moro,
Vino con una embajada,
Y al Rey caballos ofrece,
Y perfumes de la Arabia.

¡Dichosos días aquellos!
Victoriosa y respetada,
Asombro del mundo era
Nuestra enseña castellana.



JUNTA DE ANDALUCIA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

VI.

DOS SANTONES.



LA BANDERA BLANCA.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

JUNTA DE ANDALUCÍA

En una aldea no lejos
De Guadix, moraba un hombre,
Que há luengos años vivia
Entre ayunos y oraciones.
Y su vida penitente,
Su grave y severo porte,
Su blanca y crecida barba,
Sus largas meditaciones,
Y el decir que le habla un ángel
Del gran profeta en el nombre,
Hacen que santo le crean
Del valle los moradores.